

Murcia: Un mes. . . 1 peseta.
Resto de España, un trimestre. . . 3.50 id.

Precio de la venta

5 cént. ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4. - MURCIA.

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

Año II

MURCIA.-Jueves 21 de Marzo de 1907

Núm. 173

Templanza carea

Resulta encantadora la libertad de los reaccionarios en Bilbao. Creyendo que toda la región es Begoña y que los liberales son judaizantes relapsos, comienzan ahora contra ellos una campaña feroz, tremenda, en la cual se recomienda hasta su muerte para que logren triunfar los apóstoles de pega que quieren ir al Parlamento para guardar un formidable silencio que asuste á los monárquicos alfonsoinos y endiosé á los carlistas.

Los lugares más sagrados por su significación se están viendo profanados por los modernos redentores. En sitios donde jamás se escucharon cánticos de guerra, donde siempre se rindió pleitesía á la gran confraternidad humana, donde nunca el despecho domoñó á la razón y á la justicia, donde nadie creyó que se pudiera albergar el odio y predicar el exterminio, hoy, por la fuerza de un deseo profano, hondamente mundano ya que por vanidad se logra, se escuchan ardorosas alocuciones, bélicas órdenes de mando, sangrientas recomendaciones que ponen pavor en el ánimo é indignación y disgusto en el corazón.

Y tales hechos no se realizan á escondidas, ocultamente como pudiera creerse. Los carcas saben que no serán molestados en su tarea y no se preocupan de tales minucias, de insignificancias semejantes. ¡Si en vez de ser ellos fuesen los republicanos!... ¡Pero los carcas!...

Bilbao escucha ahora las mayores atrocidades, los despropósitos más tremendos, y al escucharlos, protesta; mas como si no. Nuestros gobernantes actuales tienen la buena costumbre de no ser justicieros con los enemigos del régimen imperante. Su justicia, que resulta de pega, como ellos, sólo existe con los partidarios del otro partido constitucional, á los cuales fastidia por todos los medios imaginables.

Un día y otro día se está diciendo lo mismo, protestándose contra la atonía vergonzosa del gobierno, sin conseguir nada. Como éste debe su arribo al poder á los manejos clericales, su reconocimiento le lleva hasta engendrar una atmósfera hondamente separatista, dando vuelo al carlismo, como desgraciadamente podremos ver dentro de poco tiempo. Con semejante conducta sólo logra que la monarquía tenga más enemigos entre los secuaces del iluso Carlos VII. y que sus defensores se vean perseguidos, empapelados y detenidos por las argucias mauristas, que se van haciendo muy sospechosas á los españoles. Y en verdad, que la sospecha es natural y apropiada. Nadie que tenga bien la cabeza, á menos de perseguir otros fines—hecho que no es dable sospechar hasta lo presente—ejecuta lo que está realizando el perinclito Maura.

Su misión hasta aquí sólo ha sido de guerra, puramente de conquista. En vez de estar aleccionado por los tumbos y lecciones que recibió en etapas anteriores, cada vez se envanece más y comete mayores y más numerosos disparates, importándosele un pitche las resultas que pueda tener su calimito proceder. Antes, del mal al menos, y pese á su jesuitica orodoxia, tenía cerca de sí á los Pidales, hombres versados en la ciencia de gobernar y que hacían algo bueno dentro de lo mucho malo que ejecutaban; pero hoy, con el encumbramiento de más que medianías provincianas, con la exaltación triunfante de muchos paniaguados avezados en la fatigosa tarea de tirar de los faldones, no; hoy sólo hace las cosas á izquierdas, completamente torcidas.

Si hoy día Bilbao es centro de las demasias carcas, á Maura sólo hay que culpar. Aquel gobernador, como todos, no hará más que lo que se le ordena. Esto es indudable. Pues si en contra de las excitaciones de la prensa para que castigue los denuestos y amenazas de los modernos apóstoles de la regeneración permanece callado, como muerto, es porque el jesuita que preside el Ministerio se lo tiene mandado así. En caso contrario, por conveniencia, habría salido de su mutismo. Cuando no lo hace de manera semejante es porque algo habrá que se lo impida. Y ese algo, hay que desengañarse, tiene toda la figura de D. Antonio Maura y Montaner.

Querer que las naciones congregadas en La Haya reduzcan considerablemente sus armamentos para asegurar la paz universal y asegurar asimismo que en los propósitos ingleses no entra ni con mucho el de reducir en nada su poderío naval es, más que absurdo, una candidez enorme. El manifiesto contrasentido de estas declaraciones con las del jefe del gobierno inglés, además, es cosa que hace más incomprensible lo asegurado tan formalmente por el primer lord del Almirantazgo. La formal promesa del primer ministro de conformar su opinión con la de la mayoría de las naciones reunidas en la Haya, indica desde luego una inclinación hacia los acuerdos pacificadores demasiado evidente para que puedan suponersele otras intenciones menos honradas que las por él hechas públicas... El geroglífico queda sin descifrar.

PLUMAZOS

¡Pobres pobres!

Bien sabe Dios que soy caritativo. Algunos mal intencionados me suelen echar en cara que jamás socorro á los pobres. Y aunque esto es verdad, bien sabe Dios que no miento al decir lo que primeramente digo. Me he gastado una fortuna de ilusiones en pensar en las limosnas que haría si fuese rico. Pero esta debe de ser moneda falsa en el mercado de la vida, y de ahí que unos duden y otros nieguen mi pretendida caridad. No obstante, en lo íntimo de la conciencia, en el fondo del alma reconozco que tengo razón al creerme caritativo. Y como me creo tal, me duelen las medidas rigurosas contra los que no tuvieron el buen acuerdo de apoderarse oportunamente de lo ajeno.

Lo único malo que en mis limosnas ideales existía, era el secreto con que pensaba hacerlas. Ya es sabido que para que aprovechen algo es menester hacerlas el domingo á la salida de misa. Quizás por eso no llegaron á granazón los sueños. Me culpó de ello y lo lamento. De no haber tenido ese prurito innovador tal vez hoy sería un personaje famoso por su compasión. Quedo consignado aquí para cuantos no lo sepan y deseen eternizarse en la memoria de las generaciones venideras. Nadie nace aprendiendo tan rudísimas y lamentables enseñanzas.

Como me apesaran los rigores con los menesterosos, al conocer el formidable bando de nuestro implacable alcalde sufrí una angustia tremenda. Se acabaron los pobres—me dije,—de hoy más la justicia obligará á la indigencia á mostrarse prudente. De «real orden» se prohíbe á los hambrientos decir que tienen hambre.

Con tan amargo precedente salí á la calle. En la puerta me asalta una familia.

—Señorito, una limosna por Dios.

Algo sorprendido me interrogo de si estaría haciendo burla de nuestro sapientísimo alcalde. Mas otros nuevos s prosiguen aclarando mis dudas.

—Señorito, una limosna.

—Aunque sea un céntimo.

—Señorito...

—Una limosna por amor de Dios.

Bien quisiera socorrerlos; mas en aquel momento pasa un guardia y por no llamar la atención no lo realizo. El policía los mira indiferente. Indudablemente aquel hombre no conoce el formidable bando publicado por nuestro implacable alcalde.

—Deme V. un céntimo para ayuda de una libra de pan.

—Señorito...

—Una...

Prosigo sorprendido hacia la redacción. Al entrar, un amigo me observa:

—Pierrot: el alcalde ha concluido con los pobres.

—Sí—respondo;—el alcalde ha concluido con los pobres...

PIERROT.

Laborando la paz

Los ingleses, lindamente, confunden la franqueza con la frescura. Mientras los periódicos del reino bombean á más y mejor la pacificadora tarea de los congresistas de La Haya y hacen—ó quieren hacer—resaltar la conveniencia del desarme universal, un lord cualquiera, alzándose en defensa del poderío nacional amenazado, habla del absurdo de querer poner militarmente al nivel del grande al pequeño, y la Inglaterra de ayer, que es la de hoy, hace con él causa común olvidando toda ansia pacifista.

Las declaraciones hechas por el primer lord del Almirantazgo, Tweedmouth, sobre la actitud que adopte la nación en caso de que sus intenciones pacificadoras no sean admitidas, no pueden tomarse en serio.

Que en las regiones eclesiásticas, y cuanto más altas mejor, se dan sujetos y engaños como éste, que á otros producen incidentes cómicos que redundan en desdoro de cosas y personas santas y á veces disgustos irremediables. Siendo tanta la sabiduría de los hombres de la Iglesia, ¿no habría un medio de evitar esas falsedades? Porque estudiándolo mucho... el que busca halla, ha dicho Nuestro Señor Jesucristo. Y va de truhanerías.

El nuncio de Su Santidad en Viena, acaba de pasar una nota á los diarios católicos austriacos, previniéndolos contra alguien que ha pasado cierta circular á muchas personas notables del foro, invitándolos á adquirir el título de miembros «del orden» de abogados de San Pedro (Vaticano), por una cantidad determinada. Parece que en Francia se había conseguido sacar así bastante dinero; mas al cabo el negocio flaqueó, y ahora lo intentan sus autores en Austria. ¿Quiénes son ellos? ¿Acaso no andan muy lejos de la Curia pontificia? El nuncio de Austria se limita á denunciar la existencia del abuso, y claro es que no lo habrá hecho sin estar muy seguro de su verdad y de que puede ser muy peligroso, lo que no se concibe sin la intervención de sujetos que puedan ostentar alguna autoridad ó prestigio por su posición.

Es cosa de repetir lo supra dicho: ¿No habrá un medio...?

X.

¡OH! ¡LA CRÍTICA!

Que la gran prensa pierda de día en toda aquella fuerza moral que antaño tenía en provincias, es verdad innegable; que hoy la intelectualidad provinciana prescinda por entero de los juicios de la gran prensa, y piensa y enjuicia por cuenta propia, no es necesario decirlo; y que no se hace maldito caso de los fallos de los señores que componen el tribunal supremo de la prensa y de la crítica, no hay que afirmarlo.

Tanto la prensa, como la literatura y la intelectualidad provincianas haciéndose autónomas, se han afianzado, alcanzando mayor campo de desarrollo y poniendo las bases de una independencia necesaria, robusta y fructífera.

No hay más que poner la vista en cualquier rotativo, con ocasión de tal ó cual acontecimiento artístico ó literario, para quedar convencido de la falta absoluta de armonía mental, precisamente en los «críticos» que, aunque de ideas y aficiones diferentes debían converger en el punto principal del juicio inspirado por la labor juzgada: belleza, fin y desarrollo.

Nada de esto suele acaser. Lo que para unos es meritísimo, para otros no vale nada; lo que es notable á una apreciación, en otra es defectuoso; lo bello para unos es amaneramiento y pobreza para otros; lo excelente á unos ojos es detestable á otros. ¿Se puede crear seriamente en los juicios de estos «críticos»?

¿Quién se atrevería á dar ó formarse un juicio aproximado de «Las Alegres Comedias», la obra de Palencia, después de leer, en Alejandro Miquis, que la obra es un fracaso completo, amanerada y pobre; en Manuel Bueno sus disquisiciones sobre el teatro Español sin decir dos palabras de la obra estrenada; en Laserna una relación dialogada, sin un pensamiento propio, sin una idea expuesta, sin nada que indique la calidad de lo apreciado, etc., etc.?

Y todavía se incomodarán los grandes críticos de los grandes periódicos si no se les hace caso!

Ya era tiempo de que la intelectualidad provinciana, la única creadora y con ideas propias tratase de desasirse de la crítica de diccionario enciclopédico, esa crítica que juzga fin de su misión reseñar las obras expuestas á su juicio con la minuciosidad del gaceticero y que piensa con la vista y el oído...

PRÉDRO SANCHEZ.

DE MI CARTERA

Billetes de Banco

Mucho antes de que los venecianos y franceses comenzaran á dar valor al papel, en el Extremo Oriente eran viejos los billetes de Banco. La más remota noticia que de esta clase de moneda se tiene es la conocida con el nombre de «moneda volante» que apareció en China el año 2697 antes de Jesucristo.

A pesar del gran número de años que se para á ese papel moneda del nuestro, tan fácilmente falsificable, el parecido es grande entre ambos y en todo recuerda á los actuales billetes de Banco. Llevaban como llevan ahora el nombre del Banco que hacia la emisión, la fecha, el número del talón y de orden, la firma del cajero y el valor que representaba, por duplicado, en cifras y en letras. Como lema, llevaban en la parte superior una curiosa y filosófica máxima que decía: «Produce cuanto puedas y gasta con economía.»

El papel con que estaban hechos estos billetes, era de fibra de morera, árbol que abunda en el Celeste Imperio; y los caracteres, impresos á su manera, con una tinta azul indeleble, conocida solamente por los amarillos banqueros. Solo por tradición se sabe que circulan esos documentos en épocas tan remotas, pues de ellos se hace mención en los anales de la historia china; pero, no cabe dudarlo, pues aunque no tan antiguos, se conservan algunos de épocas remotísimas. Uno de ellos se puede ver en el Museo Asiático de San Petersburgo y data del año 1397 (antes de Cristo). Por el valor que representa, si desde esa época estuviera colocado á interés compuesto, haría la felicidad de muchos chinos y de algún blanco, por ambicioso que fuera.

Poco á poco va resultando que los chinos conocían todos nuestros inventos miles de años antes que nosotros. Algún día sabremos que Fo-Hi murió en un descarrillamiento ó en un accidente de automóvil.

ATLAS.

LITERATURA

PASIONARIAS.—Versos, por Tolosa Hernández. Sin precio.—Murcia.

El Sr. Tolosa Hernández, sin más pretensión que la de tener reunidas sus poesías, ha publicado en un tomo sus versos leídos en las veladas artísticas religiosas del Círculo Obrero.

Tolosa Hernández es bastante conocido en Murcia para que tratemos de decir lo que el libro vale. Todo cuanto puede hacer el distinguido escritor, lo ha hecho en sus «Pasionarias».

De lo más estimable por su corrección hay que señalar la «Introducción», y de lo más inspirado su «Oración», que está muy sentida.

Al final de «Pasionarias» se publican varios recortes con los juicios que las obras de Tolosa han merecido á distinguidos literatos, entre los cuales figura Enrique Martí.

CUENTO

EL COCHE DE PUNTO

«Juanita del alma mía: Méjname á las seis te espero en el jardín de mi tío Sisebuto, por tal parte de los azofaitos. Salta la tapia y apóyate en el invernadero, pero sin hacerte pupa. Estaremos solo debajo del alcornoque grande. ¿No faltas, por Dios, á las seis en punto, ¿eh? Tu puntualidad me dará la medida de tu cariño y decidirá nuestra suerte. Adiós, adiós. Tuya hasta más allá de la tumba fría.—Pancracia Somormujo.»

Esta interesante carta me obligó á despahear precipitadamente mis asuntos aquel día, para acudir á la cita con debida oportunidad; porque mi Pancracia, que era una fiera de la clase de hijas de familia, no transigía nunca con mis retrasos injustificados.

Mas ¡oh desgracia intensa!, no parece sino que todo el mundo se conjuró aquella tarde para impedir la realización de mi deseo.

Habían dado ya las cinco, y tenía yo en casa al ordinario de mi pueblo participándole el hundimiento de una botegamía, al chico de la imprenta de «El Hipo Nacional» pidiéndome por Dios, los versos que habían de salir aquella misma noche; el sastre con un traje nuevo en el periodo de prueba, á mi amigo Rosconete solicitando mi intervención en el duelo de un comichirle con un crit-co vivinagrado.

Y el tiempo transcurría velozme

Publicidad
LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES
A PRECIOS SEGUN TARIFA.
TODA LA CORRESPONDENCIA Y GIROS
DEBEN DIRIGIRSE
AL DIRECTOR GERENTE
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

